

PALOS DE CIEGO GACETA



Nº 6

JUNIO 2026

www.palosdeciego.es

EDITORIAL

NAVEGANDO SIN TIMÓN

Si pensamos en el operativo que ha gestionado el Ministerio de Sanidad, Defensa, Interior y Política Territorial con la Organización Mundial de la Salud y la Comunidad Europea para socorrer al crucero neerlandés MV Hondius y ofrecer una salida a las personas que permanecen atrapadas y aisladas a causa del hantavirus, no podemos por menos que reconciliarnos con la política y las instituciones. Esa urgencia por coordinar y solucionar una emergencia sanitaria, de poner los medios para que los ocupantes del barco puedan recibir atención médica y psicológica, nos hace seguir creyendo en la humanidad.

Pero todo esto nos explota en la cara en el momento en que aparecen voces insolidarias, eso sí con un timbre de alto nivel, cuestionando la decisión de que el barco atraque en un puerto de las Islas Canarias a fin de que se presten los cuidados necesarios tanto a los enfermos, como al resto de pasajeros y tripulación que a estas alturas cualquiera puede imaginar que se hallan agotados física y emocionalmente.

Lo que llama la atención es el argumento insolidario y banal en que se apoyan estas voces para justificar la negativa a prestar ayuda. La hipérbole se ha adueñado del lenguaje en favor del miedo, las amenazas catastróficas y la exageración, de modo que, en vez de fomentar la empatía, la solidaridad y el sentirnos comunidad, nos dirigen hacia la deshumanización y el aislamiento con la falsa cantinela de que somos “libres” y “soberanos”.

Resulta sorprendente lo rápido que mar-

camos una distancia psicológica ante un problema que nos resulta ajeno, como trazamos una barrera que nos deshumaniza y nos vuelve insensibles. Parece improbable que esto pueda ocurrir en un entorno rural y cercano donde las personas se conocen y se cuidan, donde no es necesario que ocurra una tragedia para que los vecinos se unan y trabajen de manera colaborativa a fin de paliar los efectos de la misma.

Cuenta Marga Sánchez Romero en “Prehistoria de mujeres” que en la Sima de los Huesos de la Sierra de Atapuerca (Burgos) encontraron el cuerpo de “Benjamina”, una niña de diez años especial. Tenía lo que hoy día llamamos craneosinostosis, una enfermedad que era muy evidente, puesto que su cráneo era asimétrico, con lo cual su cara posiblemente era irregular y también es probable que tuviera algún problema psicomotriz.

Sin embargo, esta niña vivió mucho más de lo esperado porque recibió cuidados; de lo contrario, no hubiera sobrevivido. Esto pone de manifiesto qué tipo de organización social existía en aquel entonces y cómo integraba los cuidados cooperativos como una estrategia para el control de la enfermedad.

Aunque parezca mentira, 350.000 años después de que una sociedad que llamamos primitiva sea capaz de organizarse para cuidar a sus miembros, nosotros, que contamos con el respaldo de la ciencia y disponemos de suficientes medios materiales y humanos para la contención de las enfermedades, nos comportamos como auténticos bárbaros ante un problema global.

SUMARIO

| | | |
|-------------------------------------|--------------------------------|-----------|
| AQUEL MUNDO RURAL | PILAR GARCÍA LLAMAZARES | 4 |
| ÁRBOL DEL PORVENIR | MARTA GÓMEZ | 5 |
| CLUBES DE LECTURA RURALES | MERCEDES G. ROJO | 7 |
| COPIAR CIEN VECES | IGNACIO CHAVARRÍA | 11 |
| EL OJO QUE TODO LO VE | CRISTINA FLANTAINS | 13 |
| LA CONTINUACIÓN DE UN RITUAL | MIRVA VALDEBURÓN | 15 |
| LA CORNEJA ESTÁ PERPLEJA | CONCHA LUCAS | 17 |
| YA ESTÁN AQUÍ | MONSE ROBLES CASTRO | 19 |
| OJOCRÍTICO | | |
| FIEL CENTINELA DEL PASTOREO | JUAN CARLOS MARTÍNEZ | 21 |



AQUEL MUNDO RURAL

Pilar García Llamazares

Ya hacía muchos años que se veía venir que los pueblos se vaciaban. Los mayores buscaban sus últimos abriles en la ciudad donde envejecer con un centro médico a la vista, cuidadores que no querían desplazarse a los pueblos y otras ventajas que les proporcionasen un futuro más tranquilizador. Los jóvenes habíamos huido en busca de una vida menos incierta.

Las jornadas inacabables en el campo, las tareas añadidas al llegar a casa, todo el mundo tenía algún animal que alimentar para su propia subsistencia y luego a dormir deprisa porque el día siguiente amanecía pronto. Aquello era un sinvivir. Ese mundo rural era endogámico, arcaico, atrasado con una economía de autoconsumo y trabajo y la meteorología que se lleva el esfuerzo de todo un año en un pestañeo; ante todo esto yo me fui a buscar una ventana al mundo siguiendo el ejemplo de otros jóvenes del pueblo y las insistentes recomendaciones de mis padres, estudia, sé alguien en la vida.

Yo me fui y me llevé algunas raicillas, pero la raíz principal quedó allí atrapada con mi infancia, mi familia, mi mundo.

Yo me fui y encontré un mirador al mundo ¿lo hubiera encontrado igual si hubiera permanecido allí?

Volví, se puede decir que mi espíritu siempre estuvo en aquel pedacito rural pero cuando volví ya miraba diferente.

Hoy, paso largas temporadas en esta tierra mía, las condiciones de vida son bien distintas. Mi pueblo que en aquella época estaba tan cerca y tan lejos de la ciudad hoy está al lado. Los medios de transporte podrían mejorarse, pero existen, el internet medio funciona, los Ayuntamientos ofrecen actividades culturales, físicas, ocio...y allí respiro aire, campo y una terrible querencia por esta tierra.

Yo me fui y arrastro en mi mochila ese peso de la responsabilidad de la España rural que pudo haber sido y no fue.

Pilar García Llamazares





ÁRBOL DEL PORVENIR

Marta Gómez

“La máquina, por un error de medida, ha venido a calentar el estómago del hombre, pero ha enfriado su corazón”.
M. Delibes. El sentido del progreso desde mi obra (1975).

Ayer mañana¹ saliste temprano, a la amanecida.

El rocío penetraba sutilmente en los playeros cuando cruzabas hacia el río. Te sentaste en la piedra plana a la que daban sombra los castaños. En un suspiro te alejaste y, desde la distancia, te viste entera y a la vez rota.

Al cerrar los ojos pretendías recuperar la calma, pero solo conseguías lo contrario. ¿Qué te pasaba por dentro? Te dolía simplemente asomarte.

Buscando lo positivo estabas “en el presente”, viviendo el presente. Como siempre no había mañana y en ese momento, realmente para ti no había futuro.

Necesitabas urgentemente un pegamento, un puntal, un auxilio, alguien o algo que te ayudara a confiar en la posibilidad del porvenir: un bálsamo de Fierabrás del alma, un Loctite de la esperanza, una mano de madre fuerte, recia, entera —aunque sea por fuera— sobre la tuya.





¿Cómo podías explicarlo a tu alrededor? Primero, pensaste en quién podría escucharte o entenderte. Después, en cómo lo dirías. Las primeras palabras son las más difíciles, no salen. A tu alrededor orbitaban letras que se amontonaban sin criterio, como imanes desconfigurados, en un baile de un festival del desorden. Imposible, no podías organizar una simple frase: sujeto-verbo-predicado. Nada.

Arrancaste dos tréboles, tres viboreras y unas collejas y te las ataste instintivamente en la coleta, como hacías de pequeña. Después, te entristeciste aún más al darte cuenta de que habías arrancado dos tréboles, tres viboreras y unas collejas.

En ese momento, en el de mayor hondura, sentiste un aliento familiar detrás de ti. Era Lupo, se había escapado y te había encontrado. Se puso muy cerca, con la boca abierta, la lengua kilométrica fuera y los belfos babosos en tu camiseta.

¿Sabes qué se veía en sus ojos? Sorprendentemente, paz.

Apoyados uno sobre otro, si uno se movía el otro caía y cayeron las lágrimas. Tiempo después pararon.

Respiraste.

Habrás que intentarlo, pensaste. Aunque pierda, pensaste. Sobre todo, aunque perdamos, pensaste.

Ecoansiedad, recordaste. Esa palabra que ni está en el diccionario de la RAE, cuanto si más en el María Moliner, y ahora tú llevas sobre la chepa una incoherencia lingüística que te lastima —aún más—.

Es como tener la oportunidad de vivir una vida con sentido y curiosidad, y gastarla en bebida. Es eso lo que hacemos con el planeta bonito y bueno.

Marta Gómez

¹ Ayer por la mañana

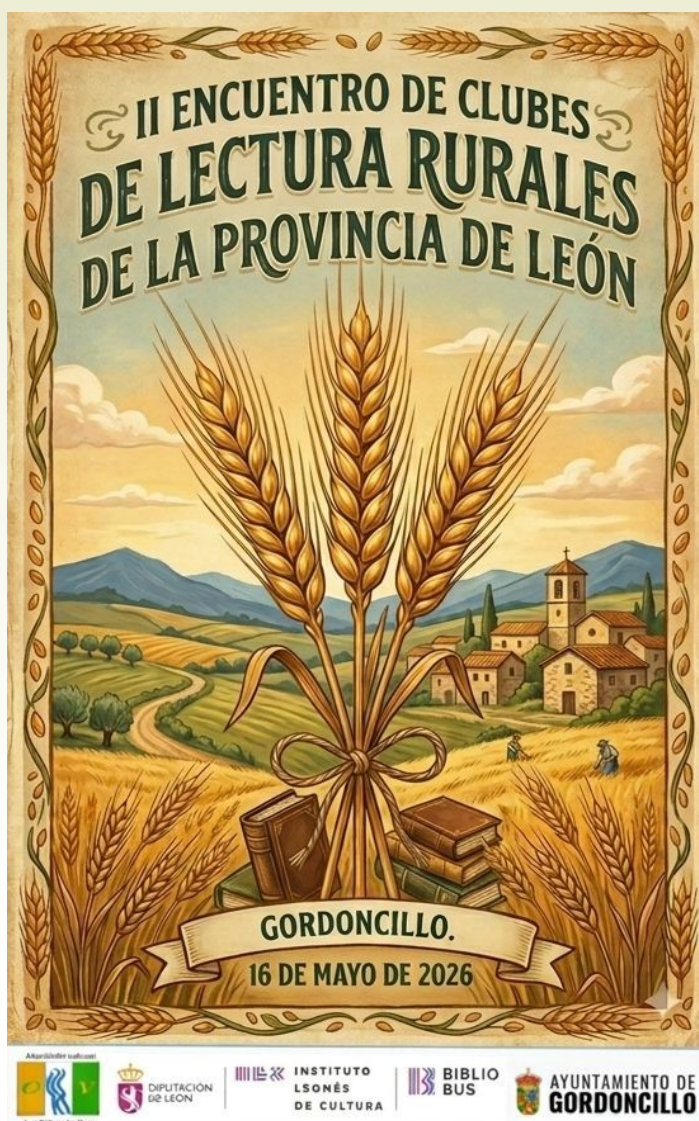
CLUBES DE LECTURA RURALES, AUTÉNTICOS GUARDIANES DE NUESTRA CULTURA LITERARIA.

MERCEDES G. ROJO

Comenzaba, el mes pasado, mi participación en esta revista hablando de la relación cultura-pueblo cuando, pocos días después, tuve la oportunidad de asistir a una reunión de clubes de lectura rurales en un entorno tan mágico y tan relacionado con la misma como es el MIHACALE, de Gordoncillo; porque si hay un pueblo que en los últimos años ha apostado con todo su empeño por apoyar la cultura, y en especial la relacionada con la literatura y otras artes, no es otro que este, al que ya le dedicaremos su propio espacio un poco más adelante.

La cita surgió como la posibilidad de un encuentro anual, especialmente a nivel provincial, propuesto desde la Asociación Cultural Los Oteros-las Vegas, que habían tenido la oportunidad de asistir a uno surgido en la provincia de Segovia. Tras valorar la posibilidad de llevarlo al terreno de los clubes que principalmente se surten de los fondos de los bibliobuses para sus lecturas, le propusieron la idea al ILC a través del sistema de bibliobuses, coordinado por Roberto Soto y, aquí están, este año ya por su segunda edición, enmarcada en esta ocasión en el programa “Letras en la Panera” que cada año por el mes de mayo viene celebrándose en Gordoncillo. En este nuevo encuentro estuvieron presentes no solamente muchos de los clubes leoneses de carácter rural repartidos por toda nuestra geografía, también una representación de Madrid, Valladolid y Segovia, que durante toda la mañana compartieron con los asistentes algunas experiencias interesantes por demás, para terminar la mañana con un homenaje a Antonio Machado a través de la voz y la música de Carlos Huerta. Y tras una comida compartida, la jornada se

cerró, ya por la tarde, con un interesante encuentro con el escritor –también leonés– Julio Llamazares; en concreto en torno a su novela *La lluvia amarilla*. Y tras el mismo, incluso poesía compartida hubo, en las voces de un nutrido grupo de participantes provenientes de algunos de los diferentes clubes asistentes.





Pero, de entre todo el intenso programa compartido, particularmente para mí, lo verdaderamente importante fue el hecho de confirmar que a lo largo y ancho de nuestra geografía hay alrededor de un centenar de clubes de lectura de los que prácticamente el noventa por ciento se desarrollan en localidades rurales de nuestra provincia, cada uno con su propia realidad e idiosincrasia y muchos de ellos desarrollando su actividad gracias a los fondos que les proporciona la red de bibliotecas del ILC. La mayoría de los mismos se centran en la población adulta, como no podía ser de otra manera, pero también los hay dedicados al público más joven, como es el caso del que se desarrolla en Santa María del Páramo, llevado a cabo por dos maestras que, sin embargo, tratan de alejar la lectura de lo académico y fomentar en sus jóvenes participantes otra forma más divertida de acercarse al libro, más personal y crítica que como pudiera hacerse desde el aula, donde todas las opiniones son válidas, y que ha tenido tanto éxito que han tenido que ampliar los niveles a los que en principio iba dirigido. Prácticamente todos ellos tienen una sede fija donde desarrollar sus sesiones, aunque otros nacen con carácter itinerante, como es el caso del de Los Oteros – La Vega, quizá el más atípico de todos ellos, pues en vez de contar con un espacio permanente, cada mes se reúnen en un pueblo diferente de los nueve o diez representados en el mismo, siendo el “anfitrión” correspondiente el encargado de hablar sobre el autor escogido y de organizar la reunión en sí misma. Hablando de temáticas de las lecturas, si lo habitual es que las escogidas tengan que ver con la narrativa, también hay otros que trabajan en torno a propuestas diferentes, como lo hace el de Santa María de la Isla (uno de los más recientes), que pivota

en torno a la lectura de textos teatrales, que en alguna ocasión han llegado a animarse a representar; y también los hay que incursionan en el mundo de la poesía como lo ha hecho el ya mencionado de Los Oteros-La Vega. Incluso hay otros que van mucho más allá del hecho lector, como es el caso del de Villafranca del Bierzo, que como actividades complementarias propone charlas en torno a los temas de los libros elegidos, excursiones que recorren los lugares en los que estos se desarrollan o incluso visionan las películas generadas alrededor de esas historias literarias escogidas; todo ello sin olvidarnos del elemento gastronómico que en muchas ocasiones viene a completar los diferentes encuentros. Como podemos observar, el panorama es muy amplio y variado y responde al interés cultural de quienes participan en los mismos, creando entre sus asistentes verdaderos nexos de unión, capaces de recuperar aunque sea momentáneamente el sentido de comunidad.

Porque si en algo estuvieron de acuerdo los presentes, especialmente representados por la voz de quienes intervinieron en la jornada de forma directa, es que los clubes de lectura son, al menos en los pueblos, algo más que un momento puntual para compartir una lectura común: son espacios para enriquecerse personalmente a través de la cultura, pero también son espacios para socializar, ya sea a través del hecho de compartir las emociones surgidas a partir de la lectura individual de un mismo libro (hablando o escuchando), pero también de otros momentos generados en torno a ellos ya sea con la presencia de los propios autores de los libros, de pequeños encuentros gastronómicos que surgen alrededor de los mismos, o del hecho de compartir excursiones, visitas al cine, y mucho más... Y, como no podía ser de otra manera, ver aquel salón tan lleno de gente de diferentes edades (es verdad que la media la tenemos ya un tantito alta) compartiendo sus experiencias en torno a la lectura, hablando con



verdadera pasión de los libros leídos y los espacios comunes que generan, escuchando y aprendiendo de las experiencias de los demás, me reafirma una vez más en lo importante que es hoy en día, para la existencia de la cultura y la pervivencia de los valores que esta facilita, lo que se está realizando en tantos y tantos pueblos de nuestra geografía, concretándose en un auténtico disfrute de la misma.

Y cuando ya trabajaba en este nuevo artículo, me llegó una noticia relacionada con otra de estas bibliotecas que sé que el pasado año también había participado en este encuentro: la de Villamartín del Sil. No se trata específicamente del club de lectura que desde allí se realiza, sino de la estructura que lo acoge, pero todo está relacionado. La biblioteca de esta pequeña localidad berciana surge de la iniciativa de un proyecto cultural mucho más amplio, creado por la asociación cultural “A plena cultura”, de carácter nacional aunque con sede en dicha localidad. Las acciones de la misma tienen como foco diferentes localidades de nuestra provincia (un día hablaremos más en detalle de esto), pero la noticia no era otra que haber sido distinguida con el **“PRIMER RECONOCIMIENTO «REBIUN» A BIBLIOTECAS COMUNITARIAS. Construyendo comunidad a través del libro, la lectura y las bibliotecas”**, un premio otorgado

precisamente por REBIUN (Red de Bibliotecas Universitarias y Científicas Españolas), perteneciente a la CRUE (Conferencia de Rectores de Universidades Españolas); un galardón otorgado desde la máxima representación del mundo de la Cultura y la Educación al buen hacer de una asociación que pone su foco de atención en lugares pequeños, habitualmente olvidados de todo: creando bibliotecas, compartiendo libros, organizando encuentros y rutas literarias y promoviendo –incluso– puntos de “libros libres” como ha sucedido hace bien poco en colaboración con el ayuntamiento de Valencia de don Juan.

Un premio que, cuando salga este nuevo número de *Palos de Ciego*, ya habrán recibido (el 27 de mayo) en el marco de la XXXIII Conferencia de REBIUN, que se habrá celebrado en la Universidad de Castilla la Mancha; un “premio compartido porque todo lo que hacemos es gracias a tu generosidad y complicidad y a los amigos y gentes de la cultura, y de nuestros pueblos”, como reza el mensaje que han hecho llegar a sus colaboradores. Así que la cultura generada desde y para el medio rural está de enhorabuena, y de estas y otras iniciativas surgidas en el mismo seguiremos hablando más adelante.

Y es que, como podemos apreciar, aunque las circunstancias de nuestros pueblos hayan cambiado con respecto a la realidad de hace algunos años, para nada están “muertos”. Puede que cuenten con pocos habitantes, sí, pero ahora mismo,

en materia de cultura nos siguen proporcionando algunas de las experiencias más bonitas, enriquecedoras e interesantes que podemos encontrar en el panorama de nuestra provincia. Porque el paisanaje de los mismos ha ido cambiando poco a poco, y con él las necesidades que se despiertan en torno al mismo; también las relacionadas con el mundo de los libros y todo lo que rodea a estos. Cuando se me ofreció la oportunidad de acudir a este encuentro, cosa que realicé de la mano de la Asociación Los Oteros-La Vega, con cuyo club de lectura he colaborado en alguna ocasión, no tenía ni idea de lo que me iba a encontrar en Gordoncillo. Ahora estoy en condiciones de asegurar que mis expectativas se superaron muy por encima de lo imaginado y que no me arrepiento de haber acudido al mismo, un encuentro que me afianza aún más en mi creencia de que en los pueblos sigue estando, también, el futuro de nuestra cultura.

Mercedes G. Rojo

COPIAR CIEN VECES

IGNACIO CHAVARRÍA

Cuando era niño, en el colegio, más de una vez —dada mi pertinaz rebeldía, diría más de cien— me mandaron copiar repetidas veces una frase como castigo. *No hablaré en clase. No tiraré papeles a los compañeros. No...* Educación por repetición, por cansancio, por abrasión. Inútil, ineficaz y aburrido método que entonces estaba de moda, que se extendió como virus de laboratorio y que, por supuesto, no caló en mi persona. Repetir, cansar, aburrir hasta derrotar. Prepararte para lo que será tu vida; recorrer cada día el mismo camino, ver a la misma gente, repetir los mismos mantras, escuchar los mismos himnos, ver los mismos programas que repiten los mismos esquemas que funcionan mientras ingerimos —no comemos— los mismos productos ultraprocesados

en plásticos mil veces reciclados. Lo llaman rutina, pero es castigo.

Nuestra vida está escrita y reescrita cien veces, mil veces, millones de veces; y es idéntica: es ese cromo que entraba en un sobre de cada diez y era imposible de cambiar porque todos los niños lo tenían, pero tú seguías comprando sobres para ver si, en algún momento, aparecía ese otro que nunca entraba, ese que nadie tenía.

Así era mi vida: vida de ciudad repetida cien veces cada día. Y yo, obediente, la copiaba y la olvidaba, la copiaba y la olvidaba, la copiaba... rutina, castigo.

No se puede vivir siempre castigado, porque un castigo continuo se convierte en ru-





tina. Te acostumbras, lo asumes y deja de ser castigo para convertirse en hábito. Por eso, a veces, la vida nos regala otra repetición que llamamos vacaciones. Pero también es castigo; doble castigo, porque te dan una falsa idea de libertad y luego hay que volver al castigo-rutina. Entonces te deprimas y te consumes y lloras por dentro durante un tiempo, emborronando de lágrimas el papel, hasta que los ojos se secan y empiezas a ver. Y retomas tu caligrafía de letra redondita y ordenada y, renglón a renglón, vas copiando cien veces, mil veces, un millón de veces: *la libertad no existe*.

Llega un momento en que eliges salir del bucle y desplazas tu vida a un pueblo y, dentro de tu nueva vida rural, surge un nuevo ciclo: la tradición. Lo he buscado, miré la descripción y es esta: «*La tradición es un conjunto de costumbres, creencias, valores y prácticas culturales que se transmiten de generación en generación dentro de una sociedad. Actúa como un legado vivo que da sentido de identidad y pertenencia, evolucionando con el tiempo, pero manteniendo un núcleo simbólico y una base estable.*»

Entonces te encuentras de cara con los vecinos, con “lo rural” y sus *tradiciones*: sembrar cada año, ordeñar cada mañana, sacar las gallinas, levantar el mismo muro de adobe una y otra vez para no perder la casa. Rutina, sí, pero también memoria: el ciclo de las estaciones, la vida que vuelve con las lluvias, la siega y la trilla que

repite lo aprendido por los abuelos. Tradición: de la boca al oído, que no se pierda, que perdure, de padres a hijos, de generación en generación, aunque digan que ya no tiene sentido. Tradición; arraigo, tierra, vecindad, ayuda, humanidad, sentimiento de individuo, ser tú mismo; así que te preguntas ¿Quieres ser tú mismo? ¿Interesa que seamos nosotros, que seamos individuos? No, lo que interesa es que seamos *ellos*, que seamos *los otros*. Porque si eres tú, un día puedes cambiar tu camino, conocer nueva gente, apagar el despertador, escribir tu discurso, cantar tu propia canción, cultivar tu comida, abrazar la tierra, alejarte de la ciudad, repoblar el campo. Tal vez puedas intentar copiar cien veces tus propias frases, aunque sea igualmente un castigo que te impongas y tengas que repetirlo una y otra vez hasta que aprendas a vivir.

Ignacio Chavarría

EL OJO QUE TODO LO VE **C. FLANTAINS**

Cuando salgo a pasear, a menudo voy al valle; es mi sitio preferido. Para mí, ir allí es como sentarme a una buena mesa (no me refiero solo a las viandas), meterme en la cama con las sábanas recién lavadas o nadar en un cauce a favor de la corriente el día de más calor del verano. Cosas que intento hacer con tiempo, para poder disfrutar de ellas sin luego tener que pasarle la cuenta a nada ni a nadie.

Siempre me he preguntado qué tiene el valle que no tengan otros parajes de mi pueblo. La misma hierba, el mismo sol, los mismos robles ordenados según la geometría divina... pero esa pradera que corre hacia el Este, flanqueada del bosque a ambos lados, guarda un silencio que no es silencio, y mucha luz, tanta que es práctica-

mente imposible ver todo lo que encierra. Hace poco que volví allí. Durante un buen rato marché por un trozo de camino polvoriento antes de encontrar el hueco por el que debo girar para meterme en la espesura. En este punto me suelo parar un rato para buscar el senderuelo hecho, seguramente, por un zorrillo que pasa por allí todos los días, no como yo, que vengo de tanto en cuando, y que desemboca exactamente en el inicio del valle. A veces, movida por la curiosidad, me detengo indagando alguna pista de ese otro ser con el que comparto este camino: un mechón de pelo, una huella a la entrada del sendero... algo que nunca encuentro. Supongo que a estas alturas ya me he olvidado de todo lo que traía de mi vida en esas alforjas de las que no soy capaz de librarme y estoy embebida en ramas, en señales,



en indicios. Un trecho más allá llego por fin y, más que comenzar a caminar, me zambullo en el paisaje. Los sentidos se vuelcan. La sensación de humedad del bosque, los olores, los susurros y los ojos que tan pronto lo quieren ver todo a la vez como pararse en los detalles. De este último sentido, a tramos, disfruto a lo grande; la clave es la visión periférica, poder verlo todo sin tener que detenerse en ningún punto.

Y de pronto la veo, una cámara de fototrampeo atada a un tronco. Me parece como que alguien ha dado un martillazo al espejo y se ha roto en mil pedazos. Está como a unos diez metros de mí. No he entrado en su campo de visión. Yo la veo, pero ella a mí no. Decido que no quiero que me vea. De hecho, acabo de descubrir que vengo aquí para que nadie me vea, para que nadie me mire, para perder mi identidad social y formar parte de la naturalidad de este paisaje. Formar parte de algo real desde el más rotundo anonimato. Despojarme de mi yo social y ser no más que esa hoja que cubre el suelo, inmersa en un propósito genuino. Por eso me gusta este valle, porque me consiente ser yo sin tener nombre, ni cara. Porque me despoja de los grilletos de la identidad que me ha sido adjudicada. No sé quién ha contaminado este paisaje tan repugnantemente, pero me lo puedo imaginar.

Doy un rodeo y me sitúo por detrás de la cámara. Valoro alguna posibilidad, pero la verdad es que no me apetece ni un poco intervenir en esta realidad tan cutre, tan invasiva, tan irrespetuosa. Un mirón, un mero y vulgar mirón. Así que meto la mano en el bolsillo de atrás y saco una bolsa de plástico que siempre llevo por si me encuentro con basura para poder recogerla. La pongo por encima de la cámara y la ato con fuerza.

Y sigo mi camino.

El resto del paseo no puedo dejar de pensar en Thomas Young y su experimento de la doble ranura. Ni en cuándo descubrirán un aparato como el de los rayos X que ponga en evidencia las cicatrices que dejan en las cosas, según qué miradas.

Cristina Flantains

LA CONTINUACIÓN DE UN RITUAL

MIRVA VALDEBURÓN

Era de mañana, Deva y yo salimos a pasear, sin rumbo fijo, sin un plan, sin pretensión alguna, simplemente nos dejamos llevar. Deva eligió el camino, yo lo acepté, nos dirigimos al sotobosque, el aire huele muy bien. Ningún olor predomina en este momento, el rocío que comienza a evaporarse desprende un frescor parecido a la menta. El tomillo no ha florecido todavía, pero Deva se acerca a olfatear y yo predigo que en unos días estará a punto, listo para recolectar. Observo atentamente las matas, admiro su evolución prodigiosa, vendré a por unos matojos, un poquitín para cocinar, el resto para infundionar.

Recuerdo al abuelo mirándonos con sus ojos claros y brillantes como la escarcha, presto a poner el agua a hervir y moviéndose entre sus tarros, él siempre sabía lo que había que hacer: infusión de tomillo y poleo para los catarros, para expectorar, para el dolor de garganta y para la tos. También vale para el dolor de tripa y la indigestión, pero en este caso añadimos una pizca de té de peña o milenrama, lo que tenga más a mano.

Para recoger el té de peña tendremos que esperar y ascender hasta los altos. También podemos ir hasta el valle de Nuestra Señora, bajo el reinado de Pico Moro. Allí no hay prácticamente contaminación, apenas llega el todoterreno de algún ganadero y en las cumbres el té crece indómito, salvaje, dorado, permanece erguido, a la espera de que alguien le dé una segunda vida, lo recoja, lo seque, lo guarde en botes de cristal que año tras año se llenan de flores, lejos de la luz que le insufló vida en su momento y que ahora

en su ausencia preserva su poder.

Deva salta como si danzara presa de un ritual atávico, los nuevos olores que desprende la primavera le resultan desconocidos y sorprendentes, me mira un segundo, corre alegre, saltarina y agradece el momento como si de una recompensa se tratase.

Estamos llegando al hayedo que en esta época del año deja atrás la tristeza del invierno y comienza a transformarse en un lugar mágico, con ramas que aletean en busca del sol y difuminan los rayos, iluminando de verdes y azules el bosque, creando una sensación de irrealidad iridiscente.



A principios de abril recogimos el diente de león, los prados estaban salpicados de amarillo como alfombras turcas que da pena pisar. Del diente de león se aprovecha todo, decía el abuelo, la hoja en ensalada, la raíz y las hojas en infusión. Te limpia el hígado y los riñones, es antiinflamatoria y las flores curan el acné, desinflan y nutren la piel. Nosotros solo cogimos las flores para hacer un oleato.

Deva husmea divertida mientras juega con la hojarasca, me trae regalos cada poco y palitos para jugar. También reclama su ración de caricias, me siento en un pedrusco, la abrazo y nos dejamos llevar como cuando caminamos sin rumbo. Miro alrededor y siento que no reconozco el camino, no estoy preocupada, sé que Deva encontrará la salida del bosque, también podemos orientarnos siguiendo la espadaña que permanece de puntillas deseando besar el cielo.

Para San Juan recogemos el hipérico, pericón decía el abuelo, cortamos los ramilletes y los ponemos a secar en los varales de la hornera. Con las flores hacemos un oleato, seguimos las instrucciones antiguas, las costumbres de la casa de los abuelos. Sumergimos las flores en aceite y las dejamos cuarenta días en penumbra, cultivamos la paciencia, respetamos los tiempos, trabajamos con mimo, nos mantenemos a la espera, observamos. Colocamos los tarros en los estantes y, a diario, nos ocupamos de ellos: sentimos su fuerza, los volteamos para contemplar los cambios de tonalidad y aguardamos.

La hermana del abuelo, la tía Ramona, tiene su propio método, deja los tarros a la intemperie, cuarenta días al sol y cuarenta noches a la luz de la luna, otra manera distinta de hacer el mismo remedio. Siempre se miraron de reojo, siempre se

midieron, una misma sabiduría con dos expresiones distintas.

Deva encontró la senda de vuelta al pueblo, ahora atravesamos un pequeño pinar, las piñas se convierten en juguetes improvisados, el aire huele a resina, en el suelo apenas asoma el brezo y descendemos empapándonos de sol y de vida.

Unos días después de recoger el pericón iremos a por árnica, seguiremos el mismo proceso antiguo de secado y macerado, filtrado, envasado y etiquetado, como en una antigua botica. Descansarán pacientes los tarros hasta que se conviertan en ungüentos, cremas, pócimas y demás remedios.

En casa plantamos espliego, romero, salvia, menta y la planta del yodo; nos gusta tenerlas cerca, nos recuerdan al abuelo, sus conocimientos, su necesidad de aliviar, su paciencia y su buena mano para remediar las dolencias.

Con los potingues listos, nos vamos unos días al Cantábrico, paseo por la playa con Deva, el salitre nos despeja la nariz, respiramos profundo el mar entero y hundimos los pies en el agua sintiendo algo parecido a las cosquillas.

A veces pienso que aquí podía ser feliz, pero sé que no es cierto porque tengo inoculado el veneno de la helada, el azul radiante del cielo incrustado en las pestañas y el olor a bosque hibernando en el fondo de la garganta.

Mirva Valdeburón.

LA CORNEJA ESTÁ PERPLEJA

CONCHA LUCAS

“Cómo están estos humanos de fragmentados con su realidad parcheada, universo patchwork, en el que pueden convivir los mayores destellos junto a las peores inmundicias.”

Hace rato que, en una rama alta del cho-
po, hay una corneja perpleja.

Hace rato que observa cómo una comitiva
de humanos viene por el camino del enci-
nar.

Calcula a bulto: “¿treinta? ¿cuarenta?; en-
tierra a la vista”, piensa, pero el grupo ha
rebasado el cementerio siguiendo su ca-
mino. “¿Una procesión?” Pero no alcanza a
ver el santo o cruz alguna, ni cura ni
guardia civil ni peinetas.

Vienen andando por el camino del encinar
y acaban de pasar bajo su rama cuando
suena un cencerro agitado por la humana
que encabeza el grupo. Clin clan, y a esta
señal otros humanos comienzan a hacer
sonar los suyos, balanceándolos ante
ellos, desde diferentes puntos del grupo.

La cigüeña ha llegado planeando elegante-
mente y se ha dejado caer en su nido con
cara de: “¿Qué pasa aquí?”.

Algunos humanos filman la escena, otros
graban los sonidos; bastantes de ellos
portan indumentarias acertadas para la
transpirenaica o para una escapada a
Merzouga.

Abundan también gafas de pasta gorda,
zapatos ergonómicos y melenorras canas

desacomplejadas, coleta ellos, pendien-
te de diseño ellas y tatuaje, mucho ta-
tuaje.

Parecen remedar el paso del rebaño,
consiguiendo igualar el ambiente que
provoca Pascual, el pastor, con sus
ovejas de verdad, las bambas con agu-
jero, la camiseta de la Caja Rural y el
sombrero de paja de las fiestas.

De hecho, si la corneja cierra los ojos,
le costaría distinguirlos.

Los humanos deambulan por un círcu-
lo segado en el prado, como el que de-
jan los marcianos cuando aterrizan, y
van tocando los cencerros por turnos:
a ratos todos, a ratos de uno en uno. A
ratos los rascan con una piedra que
saca un sonido sordo y rasposo que re-
cuerda al de las cigarras a mediodía.

Algunos siguen filmando la escena, la
mayoría distribuidos en el perímetro, y
han abierto sus sillas de explorador y
contemplan el ir y venir de sonidos
abstractos, embadurnados en repelen-
te de mosquitos, tal como recomenda-
ba la convocatoria del evento.

Los tocadores de cencerros van y vie-
nen serios, concentrados. Dos bebés
lloriquean mientras sus madres, apu-

radas, intentan hacerlos callar.

No se puede hacer nada con el ruido del tráfico de la nacional.

Finalmente, los intérpretes se han reunido a la sombra de una encina, sentados, y han ido haciendo callar los cencerros, recibiendo aplausos tras la ejecución.

La corneja sigue perpleja, mucho, quizá más perpleja de lo que ha estado nunca.

Cómo están los humanos, piensa atribulada. Denostan a Pascual por pastor, por su camiseta de la Caja Rural, por sonarse los mocos al aire, pero bien que les gustan las chuletas de cordero, los jerséis de lana, incluso la concertina de esquilas que enlatan para poder oírla cuando ellos quieran, y no cuando venga Pascual con sus ovejas. Cómo están estos humanos de fragmentados con su realidad parcheada, universo patchwork, en el que pueden convivir los mayores destellos junto a las peores inmundicias. Donde ensalzan a los Bertolucci, Depardieu o Neruda porque sus obras los redimen, pero no se acercarían a Pascual, que no hace películas, ni poemas y además se suena los mocos al aire.

Cómo están los humanos que les sobra Pascual y lo recortan de la vida para mandarlo al cubo de trocitos desechables.

Mueve su pico de un lado a otro, abatida; *encapsulan ese mordisco de vida sonoro que aún queda, convirtiéndolo en un producto abstracto y cool porque también será necesario*, medita cuando todos los Pascuales del mundo manden a los humanos al carajo.

Concha Lucas



YA ESTÁN AQUÍ

MONSE ROBLES CASTRO

Tras un invierno oscuro, lluvioso y también con nieve, ha llegado abril. El cielo se abre y empieza tímidamente a aparecer el sol. Poco a poco los días se van haciendo más largos. La oscuridad del invierno se va alejando. Parece que con la llegada del sol todo se ve de un color más alegre. Tenemos tantas ganas de que vaya llegando el buen tiempo...

Bien sabemos todos que en la montaña leonesa el invierno es largo.

Pero un día, de pronto, las vemos aparecer rasgando el cielo. De momento sólo son una o dos. Las golondrinas. El anuncio de la primavera. Nos recuerdan que el verano está en camino.

Siempre puntuales a la cita aparecen en nuestros pueblos. Desde la lejana África. Tras recorrer miles de kilómetros desde sus áreas de invernada, regresan a nuestros aleros para reproducirse.

Día tras día van llegando. Cada vez hay más. Hasta que ya se ven cruzando en todas direcciones en el cielo azul. También aparecen vencejos y aviones. Todos incansables viajeros y glotones devoradores de mosquitos en pleno vuelo. Vuelven siempre a los mismos nidos, al mismo lugar dónde nacieron. Aves domésticas y fieles, siempre muy vinculadas a lo humano, su presencia es un indicador de calidad ambiental.

En los lugares donde estos pequeños pájaros están presentes, el entorno resulta más saludable para las personas. Buscan viejos tejados y salizos que no estén muy bien pintados ni arreglados. En las modernas y elegantes cornisas de nuestros chalets y casas de campo no se sujeta bien el barro de sus nidos. Necesitan superficies irregulares y con cierta porosidad. Y, claro, manchan...

Las vemos bajando en picado a los arroyos cenagosos para recoger el barro con el que reparar sus nidos del año anterior o hacer otros nuevos.

Con los días más cálidos y soleados, Rayo, nuestro gato rubio ha empezado a despertarse. Ya no se pasa todo el día tumbado en el sillón. ¿Siente la llamada de la naturaleza? No lo sé. El caso es que ya empieza a desaparecer. Al principio sólo por el día, pero poco a poco, por varios días y finalmente semanas. En fin... ¡Qué le vamos a hacer! A ver cómo vuelve.

Empezamos a abrir puertas y ventanas para que entre el calor y se vayan los malos humores del invierno. Toda la casa está abierta. Tanto que una pareja de golondrinas ha tomado afición a entrar en nuestra cocina. Varios días. Se posan en la encimera y allí se quedan. ¿Querrán

hacer nido? ¿Dentro de la cocina? Luego las vemos fuera sobre una madera de la galería yendo y viniendo. Pensamos que tal vez quieren anidar allí, justo al lado de la puerta de nuestro jardín. Pero tras varios días de intenso ajetreo, no ha habido suerte. Solo les interesa nuestra vieja viga para dormir resguardadas bajo el tejado. Con lo cual no tendremos alegres pollitos, solamente un montón de cagadas por todas partes... Nos ha tocado sólo la parte mala del asunto. Mala suerte.

Monse Robles Castro



OJO CRÍTICO

Fiel centinela del pastoreo

JUAN CARLOS MARTINEZ

